

CARTA A UN LUÍS

Para Luís Massoni

España, 1985

No, amigo Luís, yo no he dicho que Sorolla sea un gran pintor, sino que hay en él, dentro de él, y como *prisionero* en él, un gran pintor. Un *grande* que, desde luego, no ha sido cumplido. Pero más que alguien truncado, malogrado, es alguien -alguien, por lo demás, muy poderoso- faltó, diríase, de... *atención*, de concentración, es decir, distraído, confundido. En su típica e inocente petulancia mediterránea -de gran tenor napolitano-, debió verse tan desmesuradamente dotado de facultades que, con toda ingenuidad y sin cautela ni reserva alguna, *cedería* en seguida a todas esas gracias tuyas naturales. No comprendió que nacer dotado así, *excesivo de mano* y de una facilidad monstruosa (de una facilidad que únicamente puede compararse, a lo largo de toda la historia de la pintura, con la virtuosa precipitación de Frans Hals); no comprendió, digo, que ese exceso era... *un sobrante*, algo que había que sacrificar, que expiar. El pintor de grandes facultades, lujoso, no es que sea necesariamente superficial y ligero -como supone mi gran amiga la pintora de talento Soledad Martínez-, pero sí puede ser llevado, *arrastrado* a la superficialidad y a la ligereza, incluso al vacío. Cuando se tiene eso que se llama facilidad de palabra es, como se sabe, cuando hay que medir mucho las palabras, e incluso abstenerse, en lo posible, de ellas; y no es tanto la palabra, las palabras -que *son* y *no son*, en realidad, tan importantes y tan *decisivas* como suponemos-, no es tanto la palabra, las palabras, como el *discurso* mismo, el fluir mismo del discurso, lo que tiene que ser verdadero y... medido, de su tamaño, del tamaño propio y justo que lleva en sí.

Me apena mucho ver esa fotografía en que Sorolla aparece pintando en la playa, a pleno sol, un lienzo de grandes dimensiones (quizá dos metros por dos metros y pico) en donde puede verse un caballo blanco y un muchacho; me apena porque... *eso*, amigo Luís, *no puede ser*, y él Sorolla, tan pintor-pintor, tan pintor de... *raza*, y tan instintivo, de no estar ingenua y perdidamente enamorado, enfatuado, de sus prodigiosas facultades, no tenía más remedio que darse cuenta. Ese error lo empuja a una especie de... cartelismo a tintas planas, es más, a tintas vacías que, claro, lo alejan de la verdadera sustancia de la pintura. Ebrio de facultades, de virtuosismos y, sobre todo, de éxito -que siempre viene a perturbar, a equivocar-, se nos escapa de las manos.

Para poder estar con él verdaderamente y asomarnos a una *posible grandeza suya*, hay que acercarse a esas pinturas de pequeñísimo formato, anotaciones, apuntes -como sucede en los "machiaioli"-, pues allí el pintor está solo, en esa soledad completa, perfecta, que se necesita para la verdadera creación, despojado de sus vanidades, de sus debilidades.

OBRA COMPLETA, Tomo II
Pre-textos, Valencia, 1992